

Carlos Veloz



Referente



Cuadernos de Comunicación Sindical

Nueva Época

103

Referente



Carlos Veloz

Cuadernos de Comunicación Sindical

Nueva Época

103



STUNAM
Sindicato de Institución



Agustín Rodríguez Fuentes
Secretario General

Alberto Pulido Aranda
Secretario de Prensa y Propaganda

Carlos Hugo Morales Morales
Secretario de Finanzas

D.R. ©
Sindicato de Trabajadores
de la Universidad Nacional Autónoma de México
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, CP:09810 | México, D.F.

Referente
Primera Edición, 2015

Cuadernos de Comunicación Sindical
STUNAM

Comité Editorial
Alberto Pulido Aranda, Octavio Solís

Diseño, formación y edición
Carlos Veloz

ISBN: 978-607-96412-4-5
Impreso en México
Printed in México

Propósito

Cuadernos de Comunicación Sindical nace en 1984, bajo la dirección de Alberto Pulido Aranda, quien al frente de la Secretaría de Prensa y Propaganda del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), incursiona en una propuesta editorial con la idea de abonar al proceso de concientización, politización de los trabajadores universitarios, a través de la difusión de distintos temas de cultura así como de política, al mismo tiempo que permite abrir un espacio para la publicación de materiales y obra de los trabajadores.

Con 100 números a cuestas, *Cuadernos de Comunicación Sindical* inicia una nueva época dividida en dos pequeñas colecciones: creación y ensayo. El objetivo es publicar trabajos inéditos que ayuden a la difusión de diversos temas; desde poesía, análisis político, ensayo literario, narrativa, crónica, entre otros. Con la finalidad de aportar los elementos necesarios para un desarrollo integral de los trabajadores, y asumir el compromiso social de nuestra organización.

Como diría Gramsci: “Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos ‘originales’; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas. [...] Que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y de forma unitaria la realidad presente es un hecho ‘filosófico’ mucho más importante y ‘original’ que el hallazgo por parte de un genio filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos de intelectuales.”

Con esta premisa es que hemos decidido redefinir en esta nueva época, el perfil editorial de los presentes *Cuadernos*. Reconocer en las palabras, pero sobre todo en su difusión, la potencialidad transformadora de las ideas, como instrumento de cambio en las conciencias. Con el objetivo último de incidir en la realidad; abstraer el mundo significa pensarlo, interpretarlo, lo que nos lleva a darle un sentido y un valor a cada cosa. De esto último dependen nuestras acciones. Hacer del ‘pensar’, un instrumento de ‘hacer’ del mundo.

Octavio Solís

a *Soto y Tita*:

origen

a *Edder y Fer*:

creación

a *Valentina*:

simiente

Referente

Hoy revisando en mi computadora, encontré y volví a contemplar, una serie de 20 fotografías que hace algún tiempo le había digitalizado a mi papá. En aquel momento realicé ese acto mecánicamente —simplemente una sucesión de movimientos preestablecidos dentro de un sistema operativo—, sin dar importancia a las imágenes por sí mismas, es más, les asigné un nombre con caracteres numéricos, meramente funcional para su futura ubicación. Hoy, coincidentemente el día que lo voy a visitar, después de casi dos meses de no verlo, precisamente por estar inserto dentro de otro sistema operativo más grande; el de la vida misma.

Las fotos son de épocas pasadas, se han vuelto viejas adquiriendo el inevitable color sepia, y el verlas provocan sensaciones encontradas. Por un lado son evidencias de que el tiempo ha transcurrido irremediamente y por el otro, uno imagina que un instante se ha detenido y que la acción se ejecuta frente a nuestros ojos en ese momento.

Las imágenes provocan nostalgia, la misma melancolía que he heredado no sé si para bien o para mal, ya que hay quienes aseguran que “lo pasado, pasado”; mientras otros sostienen que el pasado es lo que reafirma y ancla el alma. No lo sé, pero yo no puedo mirar imágenes de otros tiempos sin ensimismarme y añorar esos mejores años.

En una de esas fotos, la 1-12, se capturó la jugada de un partido de fútbol que atrajo mi atención. En ella se encuentra mi padre, entonces un hombre joven de dieciséis o dieciocho años, que adopta una posición intrépida, propia de su edad.

Trataré de describirla: Imaginen como fondo un llano, de esos grandes terrenos que se encontraban a las orillas de la Ciudad de México, y que en proximidad y trecho resultaban distantes de cualquier punto donde uno habitara. Hablo de esos espacios que poco a poco se poblaron de gente humilde que no tuvo otra opción que irse hasta esos lugares tan lejanos, asentados en aquellos llanos que gradualmente se devoró el centro y que hoy por hoy ya no lo son más, que hoy en ellos hay familias, calles, más calles, más familias y de manera imperceptible perdieron tiempo y distancia, pues esos llanos se han convertido en el centro mismo de la capital.

Cuando era niño mi padre me llevaba a verlo jugar fútbol, y ahí contemplaba la inmensidad de espacio virgen que se abría ante mis ojos: era inacabable. La reverberancia que producía el Sol sobre el horizonte, hacía pensar que estábamos en un desierto y que a lo lejos había un gran lago y dentro de él los campos y las porterías flotando. Parecía que conforme avanzábamos se alejaba y se alejaba, burlándose de nosotros. Los pequeños remolinos se hacían presentes en una danza frenética, levantando tierra y toda clase de basura, la cual reacomodaban en otro lugar, para repetir el ciclo de nuevo.

En ese fondo imaginen campos de fútbol. ¿Cuántos?... ¡Todos! Ese vasto terreno fue “expropiado” por varias ligas de fútbol amateur para medirlo, cuadricularlo y delimitar, con líneas chuecas de cal, las míticas canchas de fútbol. Esas canchas donde se llevarían a cabo los juegos programados para los cientos de equipos que reclamarían, por dos horas, ese pequeño pedazo de tierra como suyo. Entre ellos el equipo de mi padre.

Ahora, dentro de esos campos vislumbren varios jugadores. Si se midieran con una regla el tamaño de los que se encuentran en primer plano medirían unos tres centímetros y los últimos, los de atrás, allá donde se junta el cielo con la Tierra, medirían tres milímetros. En ese tiempo todos ellos, desde el de tres centímetros hasta el de tres milímetros, no tenían más diversión desde niños que patear un balón, y eso era una “intoxicación” que los liberaba de sus problemas, desde el mínimo del qué comer mañana, hasta el máximo del qué comer hoy.

El destino decidió que ese instante detenido para siempre fuese un domingo. Pero no sólo eso, sino que era la fecha esperada, el día ansiado, el lejano domingo que se acercaba, “Un día menos, un día menos, mañana, ¡hoy!”. Supongo que ese día mi papá se levantó a las cinco de la mañana, pues no podía dormir. Primero por las ansias del partido tan esperado y segundo, porque estaba acostumbrado a levantarse una hora antes, a las cuatro, y salir a las cuatro y media para tomar el primer camión que atravesaba la Calzada de la Viga rumbo a la Merced, lugar donde lavaba coches.

El nerviosismo lo hizo asomarse a su petaca de tela por segunda vez, para ver si todo estaba bien: un par de zapatos negros de fútbol, hechos de una piel tan dura que se cuarteaban, pero tan radiantes por la capa de grasa y brillo de El Oso, que tenía por regla ponerles un día anterior; una playera azul marino de manga corta, con el número uno de vinil blanco cosido a la espalda; un pantaloncillo corto de gabardina verde, con tres franjas de tela blanca a los costados, una gruesa agujeta como jareta y, por último, unas medias tejidas de color azul cielo. Todo está en orden.

Esperó hasta que oyó el silbido detonador, una nota larga, una corta, una larga y otra corta, que emitía de modo potente y perfecto un vecino y compañero de equipo, que con el tiempo sería su cuñado. Aquellos que oyeran ese silbido por primera vez, seguro pensarían que era un sonido como tantos otros, nunca entenderían que quería decir mil cosas, y que se día y a esa hora significaba: ¡Vámonos al juego, yo también estoy listo!

A las siete de la mañana, de las casas humildes salían presurosos cientos de jóvenes rumbo a su futuro próximo, el inmediato, el que actualmente está a cinco minutos en coche, pero que en esos tiempos de llano se encontraba a cuatro kilómetros a pie. Más que importaba... En ese lapso se contarían todo: las novias, el trabajo, los zapatos que de viejos ya casi no tenían tachones. Se reirán de la epopeya del día anterior, cuando un ventarrón le volara la mitad de la lámina de cartón al techo de la improvisada cocina de mi abuelita, lugar donde practicó y practicó hasta darle ese sazón a la sopa de balines, moñitos y letras, que mantuvo hasta los últimos días que pudo cocinar, pero sobre todo irán platicando la estrategia, casi de forma militar, a seguir en el partido.

Ya en el campo, un conjunto de jóvenes de diversas edades, entre dieciséis y veinte años, con risas y saludos daban inicio a su ritual: el desvestirse para vestirse, la improvisación de los ingeniosos chascarrillos a costa del que hiciera o diera el menor motivo, la atadura de los zapatos, ya fuere alrededor de los tobillos o por debajo de la suela; untar en las piernas la pomada "maravillosa" de mentol y eucalipto, cuyo olor flotaba en el aire, envolviéndolos a todos en un pensamiento de fortaleza e

invulnerabilidad; el calentamiento, que podía ser todo, menos un buen calentamiento, la charla previa al juego, la táctica y la alineación dada a conocer al último minuto, poniendo los registros en el suelo dentro de un campo imaginario: “Tú al centro, tú en medio, tú arriba... y tú, Carlos, a la portería”.

El Sol de los domingos es especial, no se parece a ningún otro Sol. Es un Sol que calienta despacito como queriendo ser disfrutado; un Sol que alarga, relaja y quita el frío a las sombras cuando empiezan a salir; un Sol que despeja toda nube y deja ver el profundo azul del cielo; un curioso Sol que no quiere perderse los miles y miles de partidos a los cuales fue invitado. Ese Sol, y sólo ese, ubíquelo como luz de ambiente, no creo que otro Sol le quedara mejor.

Ahora, al centro de la composición, coloquen una portería. ¡No! Pero no como se la imaginan, no es tubular y no tiene redes; es más bien de polines, el travesaño está sujeto a los postes con un ángulo de madera, atravesado con tres grandes clavos en cada extremo; la textura de la madera refleja la compañía de Sol, la lluvia, el aire y el tiempo.

Mi padre me contaba de un amigo suyo con un disparo tan fuerte, que en una ocasión derribó una portería. No creo eso. Más bien supongo que ella ya estaba cansada, pues tenía ni más ni menos que cinco temporadas sin faltar un sólo día a sus obligaciones. Algo así, en “tiempos portería”, como unos 1,500 juegos ó 3,600 golpes de balón, lo que los cronistas de TV “gritan” ¡Poste! o ¡Metal! O en la peor de las crónicas donde le quitan crédito al marco diciendo: ¡Cerca del gol! ¡No! Ya estaba cansada, las cosas también se cansan...

La composición casi está lista, faltan dos elementos centrales. El primero son tres señoritas de pie, a un costado de la portería, con una sombrilla en mano para todas. Ellas, al igual que los muchachos, esperan ansiosas el domingo para pasear, comprarse un helado y ponerse su mejor vestido —ese que hace acopio de toda su delicadeza para que al ser lavado no se lastime, el que necesita de toda su destreza para ser remendado con costuras “invisibles”, vestido que precisa de su minuciosa curiosidad para ser adornado—, y ya con él, encaminarse a donde su intuición las conduce: un mandato que hasta hace unos años no sentían pero que hoy es más fuerte que nunca.

Ellas no entienden por qué, sin tener la menor idea de cómo es un partido de fútbol han ido a observar uno, jugada tras jugada. Además, sin conocer siquiera las reglas de este deporte, protestan el trabajo arbitral. Y a pesar de que en otro tiempo y lugar, el hecho de estar de pie representaría incomodidad inmediatamente, por alguna razón hoy estarán dispuestas a permanecer por más de dos horas paradas, sin la menor molestia. Lapso que transcurrirá, como todo lo que gozamos, en un abrir y cerrar de ojos; horario que tienen de permiso por parte de sus padres para visitarse, según ellas, mutuamente. Muy dentro de su ser sí saben por qué están ahí, ustedes y yo también lo sabemos, por lo tanto no lo escribiré, es un secreto que les guardaremos.

Ellas han llegado allí y han permanecido por más de cuarenta y cinco años detrás de esa portería, dándole un sustento químico, biológico y de sentimiento al último elemento de esta imagen que estoy describiendo.

El décimo de trece hijos que trajo a este mundo mi abuelita, fue mi padre. Desde muy temprana edad empezó a gozar los sinsabores de la vida, o como aquel poema dice: “la miel y la hiel de las cosas”. A sus tres años nunca supo qué culpa pagó para ser traído a la ciudad, arrancándolo de raíz y trasplantándolo en un nuevo hábitat, lejos de Angangueo, Michoacán, pueblo y estado que lo vieron nacer. Jamás supo por qué dejó de aspirar el olor a bosque húmedo, a tortilla hecha a mano, calentada sobre leña quemada, a tierra mojada, a musgo; o de probar el agua del río que baja indetenible por la montaña, se aseverará que el agua es insípida, pero no ésta: ésta sabe a tierra, a hoja, a piedra, a árbol y a cielo.

No sé si él se hizo estas preguntas pero yo las hago en su nombre, impotente por saber que no encontraré respuestas, pues quienes nos las pudieran dar, ya no están más con nosotros, y con ellos se las han llevado.

Desde niño adquirió dos “vicios”, el trabajo y el gusto por el fútbol. El trabajo lo adquirió por necesidad, por la aplicación de una sencilla regla: trabajo es igual a comida, no era cosa de pensarlo tanto, como sí lo son sus estragos si no se lleva a cabo, día a día. Ese “vicio” se volvió “adicción”. Alguna vez le vi poner en orden sus papeles previo a su jubilación y con enorme orgullo, me mostró sus talones de cheques de cobro, sin un descuento por retardo o falta alguna; también mi mamá me cuenta que cuando nací, mi papá no fue a la visita al hospital sino hasta el sexto día, ya que por esas fechas tenía dos empleos y trabajaba “de foco a foco”. Sé que sacó fuerzas de flaqueza para costear lo indispensable: para la comida, la renta, el abono de la estufa y el comedor, pero sobre todo por mí y

mi mamacita. Si le agradeciera seguro me diría: “déjate de eso, era mi obligación”. Aún así desde aquí le mando un gracias y un beso enorme.

El fútbol llegó a su vida junto con la Capital, y con la gran cantidad de niños que el destino, con sus hilos, tuvo a bien entrelazar. Espacio, todo el tiempo del mundo y una pelota improvisada, serían el común denominador para que ese juego se les metiera en el habla, en la mente y en la sangre...

El partido que dio lugar a esta foto y a esta narración, estaba duro, no era un partido común, ya en otra ocasión mi padre se había enfrentado contra ese equipo. Los conocía, tenían buen entendimiento entre ellos y contaban con un jugador que se “echaba el equipo al hombro”, buenísimo, habilidoso, quien le anotara dos goles en partido pasado, cuando sus equipos se enfrentaron.

Adéntrese al juego, estamos en el minuto 50, nuestro equipo —digo nuestro, pues espero que se solidaricen con mi papá—, va ganando 2-1. El equipo contrario arremete con todo una y otra vez, acercándose peligrosamente a nuestra área, la defensa se revuelve y como puede despeja el balón manteniéndolo lejos, pero de nuevo cae en poder del equipo rival.

Minuto 70, el juego se interrumpe, pues en el intento por detener a un contrario se le ha cometido falta, y los 22 jugadores y sus bancas se han hecho de palabras. No pasa nada, el árbitro interviene y calma las aguas: Un expulsado por equipo. El jugador lesionado, con un rictus de sufrimiento en el rostro, rápidamente es atendido y sanado con la única y extraordinaria medicina con que cuentan todos los equipos, que al sólo

contacto con ella se quita el malestar y borra toda huella de dolor: *el agua*.

Es sabido que en este juego, en un equipo, el héroe es siempre el delantero, pues gracias a sus goles se gana, y el villano es, o la defensa que no es capaz de detener la acometida, o el portero a quien se le escurre el balón y, por supuesto, se pierde.

Mi papá está nervioso, sabe de la importancia de ganar este partido, representaría dos puntos que los metería de lleno a la pelea por el campeonato. Les levantaría el ánimo (pues perdieron 3-1 la semana pasada por errores, por qué no decirlo, de él) y, claro está, por el orgullo de no perder con los de la otra colonia. *Somos territoriales*.

El partido está a todo, casi toda la gente que lo ha presenciado no se mueve y se muestra atenta a las jugadas. Dije “casi toda”, pues las señoritas de la sombrilla, después de ver el encuentro a la mitad del campo, han decidido cambiarse de lugar. Y como bien lo intuyen, se han ido a parar a unos metros atrás de la portería de mi padre, quien al sentir su presencia, percibir su perfume, escuchar sus risas y verlas de reojo, es invadido por una especie de nerviosismo y a la vez una necesidad de mostrar todas las habilidades físicas, casi acrobáticas de que es capaz su cuerpo. Algunos llaman a esto: *lucimiento*.

Corre el minuto 85, el jugador hábil, manda un disparo angulado con tal fuerza que el balón no gira sobre su eje y así, como de película, el esférico avanza de forma lenta. Los jugadores de nuestro equipo voltean a verlo, pensando lo peor, pues en partido pasado mi padre no fue del todo seguro y por ende, tres goles... *el villano*.

Ahora llega el momento de mostrarse, de demostrarle a sus compañeros que pueden confiar en él, evitando que el equipo contrario empate, y de sumar en ese tiempo dos puntos y no uno que les daría la igualdad, de tomar revancha del otro equipo y del jugador hábil; fija su mirada en el balón y se lanza...

...¡Clic!

Epílogo

Al término del encuentro los amigos de mi padre lo irán a felicitar, pues han ganado 2-1 de forma tan dramática y peleada que la palabra "GANAMOS" se escribe con mayúsculas. El hilillo de sudor combinado con polvo y sal lo verán en todos los rostros, tanto de los vencedores como de los vencidos. Afuera, la gente les ofrecerá unos aplausos que los equipos profesionales ahora no son capaces de generar; y el equipo contrario, con frustración, reconocerá por esta ocasión y hasta el próximo juego —en el cual el marcador será al contrario—, que hoy los han vencido.

Sin embargo, ninguno de los presentes sabrá que el cuerpo y las habilidades de mi padre, por sí mismas, no habrían sido capaces de detener ese potente disparo. Nadie comprenderá que hubo un *"ingrediente extra"* por el que tomara impulso y se lanzara sobre su costado derecho, aproximadamente a un metro y medio del suelo. Nadie entenderá que hubo un *"algo"* que le desató torrentes de adrenalina y lo llevó a desafiar la ley de la gravedad sujeto a un balón, manteniéndolo a flote por generaciones y generaciones. Nadie adivinará que hubo un

"plus" que desde los principios de la vida hemos aprovechado, magnificándonos cada vez que se llega el caso. ¡No! Nadie las irá a felicitar a ellas.

El gusto por el triunfo fue de una semana, la duración de las felicitaciones fue de unas horas, el lapso de ese movimiento fue de segundos y la electricidad que recorrió el cuerpo de mi padre fue fugaz. A alguien en el anonimato, entre el público, con su cámara fotográfica, le agradeceremos porque estuvo en ese lugar e instante, y logró detener ese momento por siempre y para siempre. Obsequiándole a mi mamá un testimonio de por qué se enamoró de mi papá. Dejándome una foto vieja para que yo pudiera recordar con melancolía, cómo fue o pudo haber sido mi padre. Mostrándole a sus nietas y nietos la habilidad sorprendente que tuvo ese viejo, que hoy ya no gusta de movimientos bruscos... Y que también les servirá a futuras generaciones, que sin duda verán una imagen ya sin su referente, pero que se sentirán orgullosas de ser parte de esa línea sanguínea. Porque así se los hemos de transmitir.



*A mi Padre, Carlos González Soto... Referente
mayo de 2006*





Cicatrices

Al caminar a lo largo de la Avenida Circunvalación, en el Centro del Distrito Federal, a través del bullicio de la gente, sin evadir sus formas y sonidos (después de años de andar en el centro, uno comete el error de ver sin observar y de oír sin escuchar), entro en una reflexión del por qué de su quehacer en este lugar, ¿Cómo llegaron aquí vendedores ambulantes, diableros, teporochos, pepenadores, sexo servidoras... gente brava, pueblo pués?

Cada una de esas personas carga con sus cicatrices, cada una por sí misma llenaría libros con la historia de su vida, indicándonos el momento exacto de cuando empezó a tomar un rumbo diferente del de la nuestra, mostrándonos todas aquellas pequeñas cosas, que por cotidianas no valoramos, pero que al momento de forjarse la vida hacen una enorme diferencia y que nuestra vida —dura y pesada—, sería suave y liviana para ellos.

Ellos en su conjunto son una cicatriz para nuestra sociedad. Sana muy, muy lentamente y se abre de nuevo, formando una cicatriz cada vez más gruesa, repugnante, digna de ser ocultada por “nuestra estética” que “gracias a Dios” ha sido “educada” —desde la llegada de los españoles, pasando por el afrancesamiento del porfiriato y llegando a donde la belleza norteamericana, marca los cánones de moda y cuerpo—, y sabe distinguir lo lindo de lo feo, lo bien de lo malo y lo alto de lo bajo.

Me acercaré a una cicatriz que deja ver todo lo profundo de su condición: las sexo servidoras.

Son las mujeres de Oaxaca, Puebla, Hidalgo, Chalco, de aquí de la Colonia Obrera o de Iztapalapa, que como dije, en un momento, dieron otro curso a su vida, distinto del de la nuestra, aunque hoy se vuelvan a juntar. Ellas ahí paradas debajo del Sol, mostrándose, siendo objeto de miradas y señalamientos, esperando llegue lo más pronto su futuro. Y nosotros atrás de la raya.

Según los atributos físicos y el lugar donde laboren será el adjetivo que reciban, no es lo mismo ser una “*sexo servidora*” de Insurgentes, o una “*prosti*” de la Zona, a una “*prostituta*” de la Merced. Hasta en la desgracia hay clases. Las de la Merced y en general las que están a lo largo de Av. Circunvalación, son morenitas, gorditas... ¡espere! Para no ser condescendientes con ellas, ya que lo que menos ansían es mi lástima, quitaré los diminutivos de su descripción y de su vida. Son dignas y fuertes en su oficio, pues como la naturaleza no las diseñó como las diseña la televisión, fijan una tarifa baja, y por lo tanto hay que esforzarse más para alcanzar la cantidad requerida para satisfacer el día.

“Nunca falta un roto para un descosido”. Llegarán los hombres a quienes rescatarán de su soledad, todos ellos también golpeados por la vida, llevando a flor de piel sus cicatrices; y algunos de ellos serán mirados hacia abajo, incluso no serán mirados: ellas también tienen su rango de estética.

En nuestro afán de no tocar esa cicatriz, porque duele, porque no sabemos cómo inició su fea forma, porque es más fácil cerrar los ojos para no verlas, se nos olvida su otro lado,

el que sale cuando se quitan el overol, el maquillaje y llegan a su casa, nos sorprendería saber que son madres, hijas, hermanas, inmersas en un círculo vicioso que gira y gira, y que la fuerza centrípeta de éste las mantiene inmóviles: mala educación, pobreza, necesidades básicas limitadas, indiferencia del Estado y la sociedad, mala educación... Y continúa el círculo.

“Están por flojas”, “Les gusta”, “Si quisieran podrían obtener un empleo”, son frases que he oído cuando se ha tocado el punto. Es tanto como decir que nosotros mismos estamos en un nivel y que si quisiéramos pudiéramos ser más. Se dice fácil, pero qué difícil es si quiera ascender un escalón en el tabulador de nuestro trabajo. Para ellas es lo mismo, pero sin la fortuna de tener un sueldo base o una vida más o menos estable, y sí con la desgracia de llevar la pesada loza del desprecio de la gente y con los adjetivos más punzantes que abren la llaga cada vez más y que jamás la dejan cerrar...

A la mitad de su día de trabajo se juntarán para comer, ya sea algo que traen de su casa, como el día de ayer que cada quien trajo el sobrante de un guisado en un recipiente de crema Alpura (pollo con calabazas, ejotes con huevo y rajas con papas), o como hoy que no han traído nada, cooperarán para comprar en el mercado de la Merced: tres cuartos de chicharrón, un manojo de papaloquelite, un kilo de tortillas, salsa verde, una lata de frijoles negros refritos, medio kilo de queso canasta, dos montones de aguacate de cáscara suave, un refresco de manzana de dos litros, seis vasos y platos desechables. Y se irán a un cuarto de hotel y sobre la cama pondrán un mantel; partirán y acomodarán el chicharrón al centro, cortarán los aguacates y el queso canasta en varias partes; servirán el

refresco frío y espumoso; alguien con su boca, jalará de la esquina de la bolsa, de la salsa, hasta hacerle un pequeño orificio por donde podrá ser servida; se acomodarán como puedan alrededor de la improvisada mesa y además de sus problemas personales, compartirán la comida, en un acto que lleva además de todos los elementos mencionados, una pizca de solidaridad y comprensión mutua, que como la sal será la que le dé el sazón y amalgame a la reunión. Sin pena y sin culpa se han ganado ese sabroso taco.

Mi madre se jubiló relativamente joven. Hoy disfruta de su pensión y tiempo para ella. En mi vida así son las cosas, pero en la de estas mujeres la edad no puede ser causa de detención. En la plaza Loreto, una plaza que parece haber quedado detenida en 1910, frente a la fuente Victoria, se encuentran prostitutas de entre los sesenta y setenta años: al pie del cañón, sin anteponer su edad para solicitar el descanso.

El dos de noviembre, *Día de Muertos*; sobre la *Avenida San Pablo*, esquina con la calle de *Las Cruces*, todas ellas llevarán a cabo una gran ofrenda, en donde recordaran a sus familiares difuntos, pero también —y sobre todo—, honrarán a sus amigas que ya no están más con ellas; que en muchos casos han sido asesinadas sobre la misma cama donde antes compartieran los alimentos. Y con una serie de veladoras que pondrán delante de retratos, de recuerdos, rezarán porque estén, a diferencia de ellas, descansando ya sus cicatrices.



mayo de 2006



El tren

Los sonidos que se percibían al rededor eran nítidos, Mario los oía todos aún en su estridentismo, en su superposición de unos con otros, distinguiendo perfectamente de dónde venía cada cual, e imaginándose a dónde llegarían.

Apenas asomaba el Sol por entre los edificios, las sombras de éstos se hacían cada vez más pequeñas, mientras que aquél se elevaba e iba consumiendo el frío.

Recargado en la esquina de un edificio, Mario esperaba el tren que lo llevaría con seguridad a la escuela. En él ya vendrían sus compañeros de clase. Él sería el último de la ruta en recoger y juntos emprenderían el último tramo que, aunque corto, sería el más difícil de transitar.

Antes Mario acudía solo a la escuela, no siempre fue así. Los primeros días fue acompañado por su papá, quien le enseñó el mejor camino para llegar. Aprendió rápido, y poco a poco se fue soltando y a encaminarse sin ayuda; hasta que en cierta ocasión, en una calle, tuvo a mal pisar los artículos de un vendedor ambulante. Éste al darse cuenta, le gritó "*¡A ver si te fijas, pendejo!*", pero al observar a Mario reuló y le dijo a modo de disculpa: "*¡Hazte más pa' la orilla, mano!*".

Fue tanto el miedo que sintió Mario, que se quedó callado e inmóvil por un rato, pues ya antes había escuchado pláticas sobre sucesos similares, donde vendedores se lanzaban en grupo contra una sola persona, golpeándola sin piedad.

Mario les temía demasiado, es su calle —pensaba—, nos la han arrebatado, nos han impedido el paso, tanto por las

banquetas como por donde pasan los autos, a quienes también se las han arrebatado. Yo no soy más que un intruso de paso.

Mario quería *entender* que la situación que vivían los vendedores ambulantes, no era más que el reflejo del poco crecimiento económico del país, de la falta de empleos y de la mala educación. Quería *justificar* que, impedidos de poder hacer otra cosa, no tenían más remedio que poner un puesto de “algo” y “ganarse la vida honradamente” y no robar. Quería *comprender*, que al no tener la fortuna que él tuviera como clase media capitalina, las familias de campesinos del interior de la República se veían en la necesidad de iniciar un éxodo hasta el centro de la Capital, en busca de la panacea a su pobreza y ésta a su entender era la vendimia, por fácil, por no requerir para ello estudios, ni cartas de recomendación, ni experiencia, ni el temor de perder, pues no tenían nada que perder.

Pero por más que quería ser solidario con ellos, era imposible; todos los días tenía un altercado con los ambulantes, y ese *entender, justificar y comprender* se desvanecía. Más bien sentía desprecio, odio, deseos de que desaparecieran, de que no existieran y poder caminar sin preocupaciones por la calle. Tenía pena de razonar así, pero al ser ignorada su persona, invadido su espacio y violentado su transitar, no tenía más que pensar.

Por eso, desde entonces, Mario espera el tren que lo conduzca a su escuela con más seguridad o, si usted prefiere, con menos peligro que yendo solo. Pero... espere, ...espere, ...ya se asoma ...ahí viene ya el tren. Le advierte su llegada un silbido. Las voces y las risas de sus amigos que vienen en él

son inconfundibles. Él también silba indicando que está ahí. Se detienen frente a Mario y lo saludan efusivamente, el gusto que sienten mutuamente al encontrarse es indescriptible.

Viene dirigiendo el tren, con bastón en mano, Ramiro, de cuarenta y dos años, débil visual, que por ser quien logra percibir algunas sombras, es el indicado para ser el conductor. De su hombro viene sujeta Rosaura, de treinta años, que aunque desde pequeña le han explicado que el aire no tiene color, ella se aferra a imaginar que lo que aspira, lo que levanta su pelo y acaricia su cara en su andar, es color rosa, y lo relaciona con las fresas con crema, pues le han dicho que son de ese color. Le sigue Juan de veinticinco años, que perdiera la vista en un accidente dentro de la fábrica de vidrio esmerilado donde trabajaba; jamás olvidará el momento en que por un descuido se quitara la careta y en un instante le llegara la tiniebla. Éste toma el hombro de Rosaura y es quien con chistes y ocurrencias anima el andar del convoy. Detrás de él, Joaquín, con treinta y ocho años a cuestas, el cual de nacimiento tiene una deformación craneal que le sume la frente y le hunde los ojos en un vacío de penumbras; con una mano le toma el hombro a Juan y con la otra le pica las costillas de vez en vez. Quino, como le dicen de cariño, va riendo a más no poder, con unas carcajadas contagiantes, salidas desde el fondo de su amor a la vida. Al ver esto me vienen a la mente unos fragmentos de *El gran Garrik*, poema de Juan de Dios Peza que a la letra copio:

*“[...] Si se muere la fe, si huye la calma,
si sólo abrojos nuestra planta pisa,
lanza a la faz la tempestad del alma
un relámpago triste: la sonrisa.
El carnaval del mundo engaña tanto,
que las vidas son breves mascaradas;
Aquí aprendemos a reír con llanto,
y también a llorar con carcajadas.”*

Entonces, ¿esas carcajadas serán por amor a la vida o por el dolor de estar en ella?

Por último, al final de la cadena se incorpora al tren nuestro amigo Mario, de dieciocho años, víctima de una diabetes infantil mal atendida, que le truncará de ver a los diez años las imágenes para siempre. Conservando el recuerdo de su madre que aunque hoy, con más años, más arrugas en el rostro y más tristeza en su mirar; para él se quedó detenida en su memoria: su faz joven, tersa y alegre para siempre.

El Tren se enfila en el túnel oscuro de las calles del Centro, abriéndose paso por todos los peligros que intrínsecamente posee una calle de éstas: puestos ambulantes, coladeras, hoyos en la banqueta, cables, tubos, gente y más gente que en lugar de guiarlos, ayudarlos a pasar por ese camino, se voltean con indiferencia dejándolos a su suerte.

Pero a Mario y sus amigos no les importa, para eso tienen sus bastones y su poderoso tren que pita y pita y se abre paso *pian pianito* pero indetenible, conjuntado como un sólo ser, sin temor alguno...

Con el tiempo, después de concluir sus estudios, donde se destaca como masoterapista, Mario se haya desesperado porque por más de dos meses no ha encontrado trabajo. Conminado y apoyado por sus amigos, toma, por mientras y hasta encontrar algo en dónde aplicar sus conocimientos, el único camino que le queda: *vendedor ambulante*.

A la llegada del Metro, con una palmada en la espalda y un “suerte” que le dan sus compañeros, entra al último vagón, y con voz tímida y temblorosa, comienza a gritar su recientemente aprendido predicar: *“Sí mire, como una oferta y una promoción que productos de alta calidad, han lanzado a la venta...”*. Se cierran las puertas de golpe, cortando su voz; y el Metro se aleja con Mario dentro, perdiéndose en el negro túnel y en la oscuridad del anonimato.



mayo de 2006



Izquierda

Soy de izquierda desde el año en que decidí nacer, 1968. Mi madre asistía a las marchas desde la trinchera de la UNAM. Siendo ella una secretaria tomó partido por lo que creía justo. Es de sangre azul y oro, y yo la acompañaba en el vientre.

Mamé del seno izquierdo de mi familia materna. Mis tíos me enseñaron involuntariamente a oír su música; Oscar Chávez, Alberto Cortez, *Three Souls In My Mind*, Amparo Ochoa; con el tiempo yo le añadí a Pablo, Silvio, Gabino, Mercedes, "Rockdrigo", José de Molina, Los Leones de la Sierra de Xichú...

Aprendí a leer lo que se escribía con la izquierda: *Los Supermachos*, *Los Agachados*, *Cucurucho* y tío Rius, *Cuba para principiantes*, *La Garrapata*, el *Uno más Uno* (cuando iniciaba), *Compa Nicaragua*, *Sidarta*, *¿Qué tal la URSS?*, *Ciudad Real*, *Juan Pérez Jolote*, *El Mito Guadalupano*, *La vida inútil de pito Pérez*, *La vida simple de un simple hombre, no siempre es una simple historia*.

Dicen que es un tonto el que no es socialista a los quince años, pero el que sigue siendo socialista después de los treinta es un pendejo.

Aún soy un romántico de izquierda, sigo creyendo que se necesita un cambio radical en la política nacional, y ¿por qué no?, mundial (Ay! Ay! Que dolor sufre el Mundo con eso que se llama Estados Unidos, la *Raza Maldita*).

Yo viví la podredumbre del Partido Revolucionario Institucional (PRI), treinta y siete años viviendo en la tranza constante,

el robo sistemático e institucional, la violación legalizada, el pisoteo de los derechos. *El miedo*.

¿Cuántos nuevos ricos se habrán dado, en esos treinta y siete años, a costa de mis abuelos, mis padres y ahora yo? El lujo, las propiedades, los autos, los viajes... Tienen más dinero del que siquiera uno se pueda imaginar. El exceso, pues. Es un rencor el que siento nada más de pensar en la contraparte de este escenario, es decir, toda la pobreza que se necesita para crear un sólo rico, haciendo una analogía sería pensar en las hectáreas de verde pasto que se necesitan para alimentar a un sólo buey. Y lo curioso es que con ese dinero se vuelven honorables, honrados. Comenta Marx:

[...] Soy detestable, deshonesto, sin escrúpulos y estúpido, pero el dinero es honrado y lo mismo es quien lo posee. Además, el dinero me ahorra la molestia de ser deshonesto; por tanto, se supone que soy honesto. Soy estúpido, pero como el dinero es el espíritu real de todas las cosas su poseedor no puede ser estúpido. Además puede comprar a los que tienen talento y ¿No es a caso el que tiene poder sobre los inteligentes más inteligentes que ellos? [...] ¿No transforma mi dinero, pues, todas mis incapacidades en sus opuestos? [...] ¿no es también en consecuencia el factor universal de separación? Es medio real de separación y de unión, la fuerza electroquímica de la sociedad.¹

—Si dudas de mí, tendrás que probarlo. Pero cuidado, si fallas yo te demandaré y aplicaré la constitución contra ti—, nos dicen. Uno se contiene, lo sabe, lo intuye, está a la vista; ¿pero

¹ From, Erich, *Marx y su concepto de hombre. Karl Marx: Manuscritos económico-filosóficos*, Frederick Ungar Publishing Co., Nueva York, 1961, FCE, México, 1997, pp. 172-173.

cómo demostrarlo? De nuevo lo curioso es que *el mal* se combate con *el mal*, ellos mismos se acusan sabiendo que han cometido el mismo ilícito. Señalan al otro, como si señalaran un espejo, se lanzan el bumerang sin pensar que les regresará el golpe, comen y se los comen. *El canibalismo puro*.

¿La Constitución? ¿Se referirán a esa que se escribió con la sangre de un millón de muertos y que, por desgracia y al escudo de Instituciones, ha sido constantemente violada y ejecutada con un gran desapego a sus normas, de nuevo por esos intereses extranjeros y gobiernos nacionales corruptos, pro-yanquis y ávidos de poder? Esos que se dispensan en frases como: “*Nadie resiste un cañonazo de cincuenta mil pesos*”, “*Un político pobre es un pobre político*”, “*En el año de Hidalgo, chingue su madre el que deje algo*”, “*Dios mío, no me des, sino ponme donde haiga*” [sic]... Y no les importa cambiar la soberanía nacional por una felicidad propia, inmediata, fácil y desentendida del complicado rumbo de futuras generaciones.

Y qué decir de los herederos de estas élites podridas. Recientemente aparecieron retratados en el libro de Daniela Rossell, *Ricas y Famosas*², que es un testimonio multicolor de los excesos y vulgaridades de los grandes afortunados y de sus descendientes, mostradores orgullosos de los frutos de estar “*Arriba y adelante*”.

Comenta el investigador Lorenzo Meyer y el escritor Juan Villoro respectivamente:

² Jáquez, Antonio, *Autorretrato de la decadencia*, “Proceso”, septiembre, 2002, pp. 12-19

“La vida de esas mujeres ricas —que no famosas—, de nuestro país se desarrolla en una auténtica y moralmente inaceptable isla, cuyo problema no es su exceso de dorados o sirvientes, sino el estar rodeada y alimentada por el mar de la pobreza histórica mexicana”.³

“[...] Los escenarios donde sobran cojines de leopardo, fantasías de Lladró, biombos chinos y murales de esplendor asiático parecen estar ahí para justificar una revolución”.⁴

En varias de la fotos de ese libro, en forma paradójica y con una ironía involuntaria, aparecen retratadas dentro de sus mansiones “grandotas”, en sus salas “grandotas”, amuebladas de manera muy *Kitsch*, junto a cuadros del otrora General, Emiliano Zapata.

Estos “famosos” herederos, quizás en algún momento de su vida, un 20 de noviembre, con botella en mano se pusieron o se pondrán un sombrero y bigotes revolucionarios y con una gran indiferencia de todo lo que les rodea y olvido de cómo llegaron ahí, gritaron o gritarán: *¡Viva México Cabrones!*

Hoy, nuestra Sociedad está herida en su espíritu, pues muchas personas (no todas desde luego) están inmersas en una profunda individualidad, en un silencio como sociedad y con un escepticismo hacia gobiernos, instituciones y autoridades. Incluso su desconfianza en alzamientos armados populares (¿Quién estará detrás de ellos? ¿Con qué fin?). Y otras personas, que son producto del círculo vicioso del sistema, alimentados por un gran bombardeo de desinformación que se aparece por todos lados y les cierra los ojos, se desentienden de la realidad

³ Jáquez, Antonio, *Op. cit.*, p.12

⁴ *Ibidem*, p.14

nacional y comparten con las clases gobernantes el placer por lo extranjero, a pesar de que a causa de ellos padezcan una condición precaria (léase, el voto útil a Vicente Fox).

¿Qué espero de estas elecciones?

¡Que gane la Izquierda!

Y así utópicamente, todos juntos, un 15 de septiembre (que no un 20 de noviembre), nos pondremos un sombrero y bigotes revolucionarios y con botella en mano gritaremos: *¡Viva México, Cabrones!*



agosto de 2006



Cuento de Terror

Me he formado al final de la fila.

Ésta avanza despacio...

...muy despacio.

Después de un rato, desesperado, miro el reloj y no puedo más: saco una daga y ¡tud! Apuñalo al que está delante de mí.

¡Uno menos!

Miro el reloj desesperado y de nuevo ¡tud! Asesto el golpe al de adelante.

¡Otro menos!

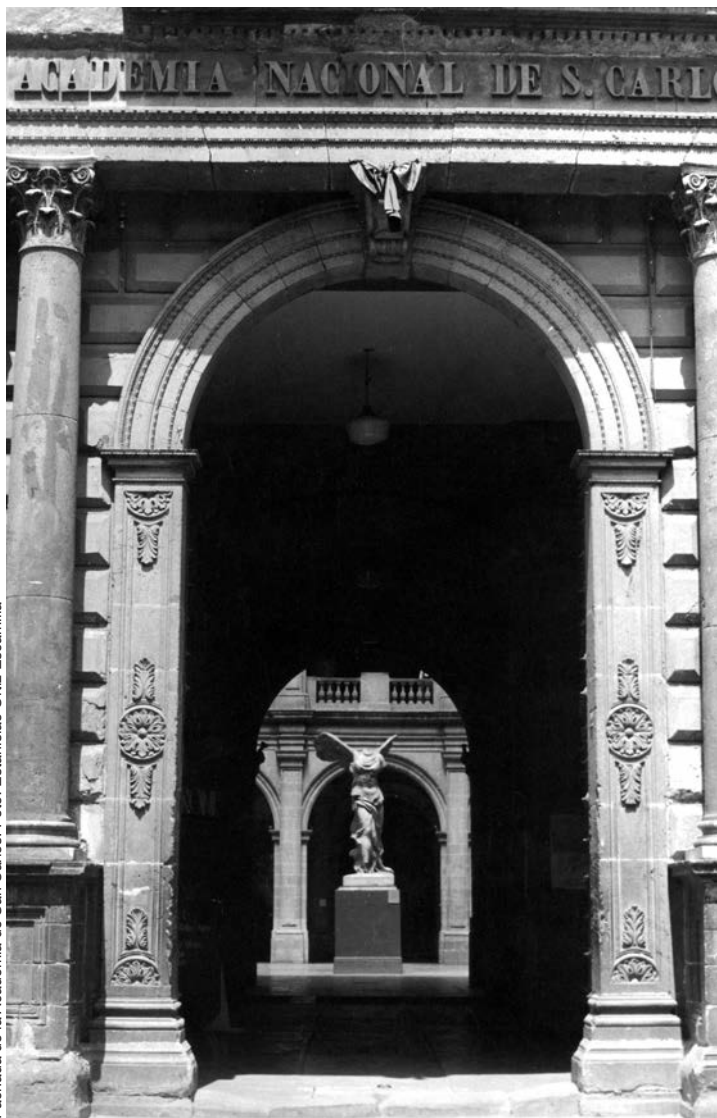
La fila se reduce, aunque sigue igual de lenta.

Comienzo a angustiarme de nuevo, cuando de pronto, volteo y veo con terror, que un hombre está formado detrás de mí, desesperado, mirando el reloj.



agosto de 2006

Fachada de la Academia de San Carlos. Foto: Estanislao Ortiz Escamilla



Índice

Propósito 3

CUENTOS

Referente 7

Cicatrices 21

El tren 27

Izquierda..... 33

Cuento de Terror 39



Referente

se terminó de imprimir en septiembre de 2015
en los talleres del STUNAM,
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, CP:09810 | México, D.F.,
administración de la imprenta, Alejandra Cureño.
prensastunam@hotmail.com

La edición estuvo al cuidado de
Carlos Veloz
visualesartes@hotmail.com

El tiraje consta de 1000 ejemplares.

Carlos Veloz, un diseñador gráfico que nos confiesa sus referentes



A la Secretaría de Prensa y Propaganda del STUNAM le complace editar e incluir, como parte de su colección *Cuadernos de Comunicación Sindical*, este libro del ilustrador y diseñador gráfico, Carlos Veloz, que él ha titulado *Referente*; no se trata de un libro sobre diseño o un portafolio de promoción que contenga sus trabajos gráficos, se trata de una selección de cinco relatos vinculados a pasajes de su vida.

Nuestro autor ha dedicado gran parte de su carrera profesional a producir magníficos diseños e ilustraciones para el STUNAM. Con permanencia su inspiración, sello y estilo, ha circulado tanto en impresos como de manera electrónica, dejando una importante huella estilística en convocatorias a movilizaciones, congresos y actividades diversas que ha desarrollado nuestra organización sindical.

Carlos Veloz, oriundo de la Ciudad de México, se tituló como Licenciado en Diseño Gráfico, en la hoy Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, donde todavía como estudiante, fue integrante del Consejo Técnico. Desde 1990 ha venido diseñando para la UNAM y fundamentalmente para el STUNAM, tarea que ha combinado con varias actividades, pues ha sido destacado con diversos nombramientos sindicales, entre éstos como Delegado de la Academia de San Carlos, desde 2008 y como Adjunto en las Secretarías de Deportes y actualmente en la de Prensa y Propaganda; y en dos ocasiones ha sido integrante de la comisión revisora de los 33, instancia en la que participó en primera línea, en las revisiones del Contrato Colectivo de Trabajo de los años 2012-2014 y 2014-2016.

Sin duda el lector gozará de estos relatos muy personales, salpicados de recuerdos familiares y vivencias que le han sellado y le han ayudado a trazar senderos progresistas, como nos lo ha contado en su relato *Izquierda*, donde nos confiesa que desde 1968, año de su nacimiento, ya estaba escrita su vocación política dentro de las filas de los desposeídos y hacia las luchas de éstos; y que Carlos, con maestría y muy buen tino, ha volcado gran parte de sus actividades como creativo.

Estoy muy seguro que disfrutarán de la lectura de *Referente* y se conectarán con la personalidad de nuestro compañero, en esta incursión en el mundo de las letras. Esperamos que posteriormente podamos editar otra publicación que recopile parte de su trabajo de diseño; fundamentalmente el que ha desarrollado en el sindicalismo universitario a fin de que sirva a los estudiantes de la FAD o de La Esmeralda en sus carreras como diseñadores gráficos.

ISBN: 978-607-96412-4-5



9 786079 641245

Alberto Pulido Aranda